

1810. El servicio prestado á la humanidad por el padre Caballero es digno de elogio. Merced á su humanitario celo se evitaron nuevas hecatombes que estaban dispuestas, y las familias de los muchos presos que aun quedaban no tuvieron que verter llanto ni vestir luto. El filántropo prior de San Agustín llenó así los deberes de sacerdote, los deseos de las personas sensatas del partido independiente que lamentaba todo acto injusto, se atrajo la gratitud de los presos y de sus familias, alcanzó la estimacion del gobierno realista, y conquistó el aprecio de la sociedad instruida y laboriosa del país entero que, sin excepcion de partidos, abriga sentimientos humanitarios y generosos. El hecho noble del padre Caballero, intercediendo por los presos españoles, se repitió por otros muchos filántropos mejicanos en Gua-

en estas consideraciones, y creyendo que puesto que daba las órdenes de salida, debía saber tambien el fin que les estaba reservado, dé por hecho esto último, y para hacer resaltar mas su falta, que, en mi concepto, no existió por las razones que dejo expuestas, dice «que hacia profesion de hombre piadoso y usaba el hábito exterior de beato de San Francisco». Es verdaderamente sensible que en una obra del indisputable mérito que es la del Sr. Alaman, se encuentren esas acres palabras que hieren mas que la mas severa crítica. Esto prueba que la perfeccion es imposible en ninguna de las obras de los hombres, por sabios y prudentes que seau. El Sr. Alaman, pagando sin embargo un justo tributo al mérito de la honrada y virtuosa familia del intendente Anzorena, trae el siguiente digno párrafo, de que no quiero privar al lector, pues me complazco en los elogios que se hacen al mérito. «Su hijo el lic. don José Ignacio Anzorena, ha sido de los mejores amigos que he tenido desde mi juventud, y honra mucho á la nacion como abogado y magistrado que fué, sin que la conducta de su padre deba ser motivo de desdoro para quien es tan digno por la suya de tanto aprecio y consideracion». Repito que mi conviccion es que el intendente Anzorena ignoraba el fin que les estaba reservado á los presos.

najuato y en diversos puntos, patentizando así, que si en las luchas de partido se cometen algunas veces injusticias y excesos por determinados individuos, la sociedad, que es el cuerpo de la nacion, los lamenta y los condena (1).

(1) Don Emilio del Castillo Negrete, en su obra *México en el Siglo XIX*, se esfuerza en no hacer aparecer al cura Hidalgo como autor de la órden, y se detiene en hacer ver que el presbítero D. Múcio Valdovinos y D. Lúcas Alaman difieren en el número de los que fueron ejecutados; en que uno dice que las ejecuciones se verificaron las noches del 13 y del 18, y el otro que fueron en dos días consecutivos. Pero el que D. Lúcas ponga un número determinado de víctimas, y D. Múcio Valdovinos, aunque da el de una partida, no fije la cifra de la otra, no destruye el hecho de que hubo víctimas, como no lo destruye el que éstas pudiesen, bien en dos noches seguidas, ó con intermedio de dos. Respecto á si estaba ó no en Valladolid el cura Hidalgo cuando se cometieron los asesinatos, el Sr. Castillo Negrete, despues de muchas reflexiones, termina diciendo: «que ya hubiesen sido estos asesinatos los días diez y siete y diez y ocho, ó en uno solo, el Sr. Hidalgo no estaba ya en Valladolid; habia salido en la mañana del 17 para Guadalajara». Que no estaba ya cuando se envió la segunda partida, lo dice el mismo D. Lúcas Alaman, y precisamente porque no estaba cuando se descubrió el fin trágico que habian tenido los presos, fué el padre Caballero á suplicar al intendente Anzorena que no enviase mas partidas. Pero el que no estuviese en Valladolid el cura Hidalgo, no impide que diese la órden que dió, como pretende negar el Sr. Negrete. ¿Quién se hubiera atrevido á disponer de esa manera de los presos sin determinación del jefe principal? ¿A quién quiere hacer responsable de ese hecho el Sr. Negrete? Injusto seria atribuir á otro lo que habia sido dispuesto por diversa persona. Todas las observaciones del apreciable autor de la obra *México en el Siglo XIX*, están destruidas por el mismo cura Hidalgo. Este, lejos de culpar á otro de aquel error que habia cometido, confiesa, como hemos visto, con la franqueza del hombre noble, «que fueron ejecutados de su órden», y que «á ninguno de los que se mataron de su órden, se les formó proceso, ni habia sobre por qué formársele», pues «bien conocia que estaban inocentes». Si así no hubiera sido, el Sr. Hidalgo, que reprobaba él mismo lo que habia hecho por una funesta complacencia con las masas, habria negado ser el autor de aquella órden, como negó en esa misma causa, como mas adelante veremos, haber tenido participio en otras sangrientas escenas verificadas en Guanajuato, Charcas, Real de Catorce, Matehuala y otros pueblos.

1810. El cura Hidalgo que, como he dicho, salió de Valladolid el día 17 de Noviembre, se dirigió á Guadalajara pensando en la manera de dar nuevo impulso á la revolucion y poder llevar á feliz término la empresa acometida de dar la independencía al país en que habia nacido. La fuerza que habia podido reunir en Valladolid y que le acompañaba, ascendía á siete mil hombres de caballería y doscientos infantes. Llevaba en su coche, para ponerla en un colegio de Guadalajara, á una ahijada suya, jóven de simpática fisonomía, á quien quería con verdadero afecto paternal y por cuya felicidad se interesaba. Iba la jóven disfrazada de hombre, con uniforme militar y las insignias de capitán. El vulgo decia que era Fernando VII, que habiendo conseguido huir de la prision en que le tenían los franceses, se habia puesto bajo la proteccion del cura Hidalgo, el cual ignoraba que semejante rumor corriese (1). En Zamora fué recibido el caudillo de la independencía con vivo entusiasmo, y fué obsequiado por el vecindario con un presente de siete mil

(1) Don Lucas Alaman dice «que parece que era su ahijada»; y luego agrega, «ó mas bien su hija, segun se decia, habida en la mujer de un español, que no por esto dejó de ser comprendido en el número de los que fueron presos y degollados». Como la segunda noticia, esto es, la suposición de que era hija, solo descansa en la fútil frase de «según se decia», la justicia exige que admitamos lo primero y no lo segundo, puesto que á nadie se le debe atacar en su honra sin más pruebas que una maliciosa suposición. Por lo que hace á quererle atribuir la crueldad de que hubiese hecho morir al esposo de la mujer á quien se supone infiel, el mismo Alaman dice en sus *Correcciones y Adiciones* que «no fué degollado en las ejecuciones hechas en las cercanías de Valladolid, sino que fué un tío suyo». La misma infidelidad puede haber en la suposición de que la jóven era fruto de un amor ilícito.

duros. Despues de haber asistido á una solemne misa de gracias y á un banquete que se le dispuso, continuó su marcha hácia Guadalajara. El día 24 llegó á Atequizar, donde le esperaban las autoridades que habian salido á recibirle hasta aquel sitio en veintidos coches, y acompañado de ellas pasó á San Pedro Analco, donde se le tenia dispuesto un espléndido banquete. Por la tarde, conducido al coro, se presentaron los canónigos á felicitarle, y él se manifestó sumamente afable con todas las personas que le visitaron. El día 26 entró en Guadalajara, entre las demostraciones mas señaladas de júbilo y de entusiasmo. La tropa de Torres estaba formada en dos hileras desde la entrada de la ciudad hasta la puerta de la catedral. El gentío era inmenso, y los balcones de las casas de todas las calles estaban adornados de vistosas colgaduras. El cura Hidalgo debia sentirse satisfecho ante aquella brillante recepcion; una comitiva de mas de cien coches le seguia, y por todas partes no se veia mas que un océano de gente aclamándole con entusiasmo. El batallón de infantería provincial, que estaba formado á la entrada de la catedral, le hizo los honores de generalísimo, y los vivas al caudillo de la independencía resonaron por todas partes. En la puerta del templo se habia formado un altar portátil, en el cual el dean le dió agua bendita, y pasando en seguida Hidalgo al presbiterio, se cantó el «Te-Deum.» Terminado el acto religioso, se dirigió á pié,

1810. acompañado de un séquito numeroso, á pa-  
Noviembre. lacio. Sentado bajo del dosel que se habia dispuesto en el salon principal, recibió las felicitaciones de las autoridades, corporaciones y colegios, contestando

á sus discursos con otros bien sentidos en que procuraba lucir sus dotes de orador. Cuatro dias despues, el 30 de Noviembre, llegó en un coche, con las cortinas de las portezuelas echadas, la jóven ahijada que viajaba disfrazada de capitán. El carruaje iba escoltado por una fuerza respetable de lanceros. Al llegar delante de la puerta del colegio de San Juan, el coche se detuvo. La gente, ansiosa de conocer á la persona que habia despertado la curiosidad general, se agolpó para verla. La guardia que con anticipacion habia mandado el cura Hidalgo colocar en aquel sitio, obligó á los curiosos á que dejasen libre el paso, y la jóven, bajando con prontitud del carruaje, entró en el colegio, sin que la gente que se habia apiñado á ver al misterioso personaje hubiese logrado su objeto. Sin embargo, pronto circuló en el vulgo la voz de que el individuo que habia llegado escoltado era el rey Fernando VII, ó «Fernandito,» como generalmente se le decia. La jóven, vestida ya con el traje perteneciente á su sexo, segun habia dispuesto el cura Hidalgo, pues ya habia terminado su viaje, se trasladó de noche, con todo secreto, al beaterio de Santa Clara.

1810. Cuando D. Ignacio de Allende supo que  
 Noviembre. el cura Hidalgo se habia marchado de Valladolid á Guadalajara, sintió un pesar profundo al creer que le abandonaban en la defensa de la plaza. Ninguna contestacion ni auxilio habia recibido tampoco de los otros jefes á quienes habia escrito, y ni aun el mismo Iriarte que salió de San Luis con objeto de combatir á su lado, parecia. No desmayó Allende ante este contratiempo. Resuelto á hacer frente á sus con-

trarios y á sobreponerse á todos los obstáculos, activó con mayor empeño los preparativos para la defensa de Guanajuato. Levantó gente en las haciendas de campo y en los pueblos próximos á la ciudad, organizó lo mejor que pudo los batallones, fortificó mas y mas los puntos de la cañada de Marfil, por donde se esperaba que se presentaria Calleja, y tomó todas las disposiciones conducentes á una vigorosa resistencia. Para excitar el entusiasmo de la plebe y aumentar con ella su ejército, recurrió á un medio eficaz que le proporcionaba casualmente la época. Se celebra en Guanajuato, con notable devocion, la festividad del Patrocinio de la Virgen, cuya imágen, bajo la advocacion de Nuestra Señora de Guanajuato, es la patrona de la ciudad. D. Ignacio de Allende, así por sus sentimientos religiosos como por atraer á sus banderas al pueblo, dispuso que se hiciese una solemne funcion el domingo 18 de Noviembre, octava de la referida festividad. Por la tarde salió una esplendente procesion, sacando en ella el Santísimo Sacramento, como en el dia de Corpus, y la imágen de la Virgen. La concurrencia era lucida y numerosa; se habian levantado arcos de flores y enramada en las calles, y los balcones se veian adornados de bellas colgaduras. Aldama, Gimenez, Abasolo y Arias iban cargando las andas en que se colocó la imágen de la Madre del Salvador, y la cauda de su hermoso manto la llevaba el mismo Allende. El regimiento de infantería que se habia formado hacia poco en Guanajuato, marchaba vestido de lienzo blanco de algodón, llamado manta, y armado de lanzas, cerrando la procesion (1). Al

(1) Exposicion del Ayuntamiento.

volver á la iglesia, pronunció un sentido sermón el padre Fray José María Belauzarán, religioso dieguino, sin tocar los acontecimientos que habian tenido ó pudiesen tener relacion alguna con la política.

1810. El 20 dispuso Allende que se citase á una Noviembre. junta al clero secular y regular, así como á las personas mas distinguidas de la poblacion. Presidió la junta D. Ignacio de Aldama, y en ella se acordaron todas las medidas que se juzgaron mas convenientes para la defensa de la ciudad. Una de ellas fué que los eclesiásticos saliesen á predicar por las calles y plazas, exhortando al pueblo á tomar las armas en defensa de la religion, combatiendo por ella hasta vencer ó morir. Muchos de los sacerdotes se excusaron, otros cumplieron friamente lo que se les habia mandado, y algunos desempeñaron con entusiasmo su comision. Los que tomaron con ardiente afan la comision, fueron Fray Bernardo Conde, religioso franciscano, y los clérigos D. Juan Nepomuceno Pacheco y D. Pablo García Villa. Infatigables y activos recorrieron la ciudad, predicando en los parajes mas públicos y aun desde los balcones (1).

Mientras los sacerdotes afectos al plan proclamado por el cura Hidalgo, trataban de persuadir al pueblo á que combatiera bajo sus banderas por ser santa su causa, los eclesiásticos adictos al gobierno vireinal, hacian iguales prédicas, esforzándose en manifestar que la defensa de los principios católicos, del órden y del bien social estaba en las autoridades realistas. Entre los sa-

(1) Don José María de Liceaga: *Adiciones y Rectificaciones.*

cerdotes que se distinguieron predicando al pueblo en favor del gobierno vireinal, se destacaba Fray Francisco Bringas, padre misionero del colegio de la Cruz de Querétaro, que acompañaba á Calleja. Así la religion servia de instrumento á independientes y realistas, haciendo que el pueblo no acertase á saber de qué lado estaba la verdad para seguirla, y exponiéndole á que perdiese sus creencias religiosas al ver en pugna á los ministros de su misma religion.

1810. Don Ignacio de Allende, sabiendo de una Noviembre. manera cierta que el jefe realista Calleja tenia dispuesto atacar Guanajuato, activó los trabajos de defensa y salia diariamente á reconocer las alturas con el objeto de elegir las mas á propósito para situar las baterías. Hecho el exámen de los puntos, situó sus cañones en dos lomas á la izquierda del camino, en el paraje llamado Rancho Seco, fortificando además diez puntos á uno y otro lado de la cañada de Marfil, acabando de situar las veintidos piezas de artillería que, como he dicho, tenia acabadas D. Rafael Dávalos, así como de concluir los barrenos que debian sepultar á los realistas bajo sus piedras al hacer la explosion, y de que se ocupaba empeñosamente el administrador de la mina de Valenciana D. Casimiro Chovell.

El momento del combate se acercaba. Guanajuato, la capital de la rica provincia de su nombre, iba á escuchar por segunda vez el estruendo de las batallas, y á presenciar las dolorosas escenas de sangre que forman el drama terrible de toda guerra.